

RECENSIONES

MICHAEL C. HUDSON: *Arab Politics. The Search for Legitimacy*, New Haven y Londres: Yale University Press, 1977, XI + 434 pp.

Los estudios sobre el mundo árabe se caracterizan, por lo general, por cierta carga de color a la que los autores no parecen poder escapar. Quizá por su proximidad a Occidente, combinada con el distanciamiento cultural se haya producido esta peculiar incapacidad de los occidentales para adoptar una actitud objetiva y no meramente valorativa. El libro de Hudson sobre «política árabe» constituye, a este respecto, una excepción digna de ser tomada en cuenta. Además de por una preocupación por la objetividad poco corriente, la obra que recensamos sorprende por la amplitud de la materia que cubre y por la capacidad de generalización. La «política árabe» es un término muy amplio, que abarca desde las relaciones internacionales del mundo árabe hasta los estudios de casos nacionales. El libro no se centra en los aspectos internacionales, aunque no prescinde de ellos, sino que constituye un estudio político comparado de los países árabes. Este estudio comparado podría llevar a un casuismo excesivo, que el autor evita a través de un enfoque teórico, que registra el subtítulo como *La búsqueda de legitimación*.

Para Michael Hudson, la clave para la comprensión de los fenómenos políticos en el mundo árabe se encuentra en la necesidad de una legitimación diferenciada. En realidad, sólo en la época del Profeta y sus inmediatos sucesores se da una legitimación clara de las estructuras políticas árabes, en parte carismáticas y en parte tradicionales, asentada en el Corán y la propagación de la fe. Esta legitimación tradicional desapareció con la división política del mundo árabe y la transformación del Islam de fuerza expansiva y dinámica en fuerza estabilizadora y conservadora. Cabe decir que desde la creación del Califato omeya independiente en Córdoba, el mundo árabe no ha encontrado esa fuerza legitimadora. Esporádicamente, movimientos regeneradores, como el chiismo, los fatimíes, los almorávides y almohades, los zaidíes, los nisaris, los ismaelíes, o los saudíes, han tratado de resucitar la dinámica original islámica, y, aunque, como violentas sacudidas eléctricas, pusieron en movimiento sectores islámicos, nunca llegaron a incluir la totalidad del mundo árabe.

En realidad, cabe preguntarse si con anterioridad al siglo xx se puede hablar de tal mundo árabe. Hasta la disolución del Califato turco, el elemento aglutinante era el Islam, y no el arabismo. El Islam, o comunidad de fieles que obedecen la ley de Dios, no podía reconocer diferencias entre árabes turcos, iraníes, malayos o hindúes, a pesar del liderazgo que en gran parte

RECENSIONES

del mundo islámico ejercieron los árabes. De hecho, desde la formación del Imperio turco, los árabes ocupan un lugar subordinado en el Islam, correspondiendo el liderazgo a los otomanos, sin que esta anomalía étnica pareciera molestar a los árabes durante mucho tiempo. El arabismo es el resultado de influencias occidentales, y de la modernización y secularización de la vida musulmana. Es una forma más de nacionalismo, asentado en la comunidad lingüística y compatible con la existencia de minorías religiosas, como el cristianismo, y el mismo judaísmo dentro de los países árabes.

Si con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo árabe, centrado en Siria y Egipto, parecía destinado a borrar toda traza de legitimación religiosa, después de la Segunda Guerra Mundial se ha producido una resurrección del islamismo en dos grupos de países diferentes: las repúblicas progresistas como Argelia y Libia, y las monarquías tradicionales como la Arabia Saudí y los Emiratos del Golfo. De este modo, la legitimación tradicional resucita en medio de un fantástico proceso de modernización. Quizá Libia y Arabia Saudí representen el más claro exponente de esta contradicción, al mezclar elementos occidentales y coránicos en los intentos de legitimación, apoyados en la fábula de las mil y una noches que ha supuesto el petróleo. El problema de la legitimación aparece complicado por la coexistencia del panarabismo como ideal nacionalista con un nacionalismo parcial de cada uno de los Estados preocupados en formar una conciencia nacional propia, y que con frecuencia no tiene otro recurso que el carisma de un Nasser o un Qadafi. Si a esto añadimos la persistencia de minorías étnicas y religiosas, como los bereberes, los curdos, los maronitas, los coptos, los drusos y otras similares, el cuadro político árabe resulta de una enorme complejidad.

El mérito de la obra de Hudson consiste, precisamente, en no renunciar a ninguno de los colores de esta paleta mágica, tratando, por el contrario, de conseguir una generalización desde categorías de la moderna ciencia política. A esta preocupación responde el capítulo primero, titulado «El problema de la legitimación en la política árabe». Desde las primeras y todavía válidas formulaciones de Max Weber sobre la legitimidad (carismática, tradicional y jurídico-racional) hasta el modelo de movilización social de Karl Deutsch, el autor pasa revista a la utilidad de estas construcciones para comprender el mundo árabe. No cree Hudson que el modelo «transformacionista», que supone el total desplazamiento del sistema tradicional por sistemas racionales socio-políticos, sea enteramente válido para el mundo árabe, donde todavía subsisten contradicciones, como las de la *Yamahiria* libia entre marxismo e islamismo. El modelo «de mosaico», que admite la persistencia de lealtades primarias y tradicionales en el cambio es quizá más ajustado, aunque la creencia de que los conflictos entre concepciones tradicionales y modernistas sean susceptibles de negociación resulta demasiado optimista. Quizá el modelo de movilización social de Karl Deutsch permita mejor explicar la interacción de fuerzas sociales no armónicas con una cultura tradicional, y el posible desenlace del conflicto en estructuras políticas tan dispares como el despotismo eficaz, la anarquía revolucionaria o estructuras políticas de corte liberal-democrático, con una sociedad «cívica», educada y tolerante. Desde una perspectiva occidental, Hudson es optimista, en cuanto piensa que las expectativas que se han despertado en el mundo árabe de libertad y socialismo llevarán necesariamente a la creación de estructuras institucionales representativas una vez terminada esta fase transitoria ca-

RECENSIONES

rismática y revolucionaria. En cambio, en cuanto a las perspectivas de un Estado nacional panárabe, parece que existen menos razones de optimismo, pues los procesos de *nation-making* en el que actualmente están empeñados todos los gobiernos árabes tienden a afirmar las identidades nacionales diferenciadas.

Tras este primer capítulo, de una gran concentración y riqueza, la obra se estructura en dos partes: una primera, de carácter general, y una segunda especial en la que se estudian los casos particulares. En la primera parte se describen los elementos de la identidad árabe, centrados en la lengua y el islamismo, que se contrastan con los elementos pluralistas y diferenciadores. La existencia de minorías étnicas y religiosas, que no planteaba problemas fundamentales en el Islam tradicional, los plantea en cambio en los nuevos Estados árabes preocupados por conseguir una homogeneidad nacional, y ha dado lugar a conflictos tan serios como el del Sudán meridional, el de los curdos en Iraq, entre cristianos y musulmanes en el Líbano, y entre zaidistas monárquicos frente a snafíitas republicanos en el Yemen. Cabe, sin embargo, señalar, que el nuevo mundo árabe ha acolchado por lo general las diferencias étnicas y religiosas, de modo que en muchos casos el proceso de formación de Estados nacionales se ha producido sin apenas contratiempos, como ha ocurrido en el Magreb con la integración de las poblaciones bereberes en Marruecos y Argelia.

Pero el mundo árabe se encuentra aquejado por una crisis de autoridad, al desaparecer la legitimidad tradicional y no ser sustituida por una autoridad racional-legal, predominando en cambio la autoridad personal, desde la de Bumedíán, Qadafi, Nasser o Sadat hasta la de los emires del Golfo, los reyes árabes, Hassan en Marruecos o Hussein en Jordania. La conquista occidental produjo una fragmentación adicional del mundo árabe, y profundos efectos disruptores, que no han podido ser corregidos por el proceso de modernización, como la fragmentación de la «Gran Siria» en cinco Estados problemáticos (Siria, Líbano, Palestina, Jordania e Iraq) afectados de crisis endémicas. La propia modernización, factor dinámico fundamental, sólo se ha podido hacer sacrificando los ideales panarábigos.

La segunda parte, dedicada al estudio de casos, es más descriptiva y tradicional. Los regímenes políticos árabes son agrupados en tres categorías: monarquías modernizantes, repúblicas del núcleo panárabe y repúblicas periféricas. Un apéndice sobre cronología política árabe entre 1948 y 1967 completa la obra.

Se trata, en resumen, de un libro muy completo y objetivo, con una enorme cantidad de datos, cuidadosamente seleccionados y compulsados. La bibliografía a pie de página es muy extensa. Creemos que se trata de una obra esencial para el conocimiento del mundo árabe actual.

MANUEL MEDINA

CLAUDE BOURDET: *L'Europe truquée*, París, Éditions Seghers, 1977, 236 pp.

El discurrir de la integración europea ha generado, en los últimos tiempos, una literatura crítica. Algunas muestras —bien representativas— de ella han sido presentadas por nosotros en esta REVISTA. Pues bien, a los estudios de J. M. Benoist, Y. de l'Écotais, J. Fralon, etc., se añade el de C. Bourdet.

RECENSIONES

El núcleo del pensamiento de este volumen es el siguiente: la política exterior de Francia no ha dejado de estar contaminada y esterilizada —desde hace largos años— por «tres mitos»: el mito de la integración europea, el mito de la seguridad atlántica y el mito de la defensa nuclear nacional. A lo que se ha unido recientemente una cosa «más grave»: la elección del Parlamento europeo por sufragio universal (*vid.* p. 12).

Con vistas a evidenciar esa dialéctica, el libro de C. Bourdet aparece estructurado en tres partes: Europa, una teoría del no-alineamiento y defensa.

La primera parte, sobre Europa (pp. 15-88), empieza recordando la idea de una confederación europea —de largo pasado— y la Europa de la Resistencia, para entrar en las distintas corrientes que llevaban a la integración de Europa: temor a la Unión Soviética (pp. 24-25), la Iglesia Católica (pp. 26-27), los USA (pp. 27-29) y la hostilidad a la reunificación alemana (pp. 29-31).

Y, en este cuadro, es de recordar la idea de *Europa fer de lance*: consistente en la estimativa —de los dirigentes de los Estados Unidos y de una gran parte de los hombres políticos europeos— de que, por un lado, la unificación europea era el mejor medio de levantar un obstáculo económico y militar al expansionismo de la URSS y de que, por otro lado, esta unificación se haría alrededor del país que representaba —desde hacía más de un siglo— la principal fuerza industrial y militar del Continente europeo: Alemania (cons. págs. 23-25).

Puestos en tal tesitura, es de señalar la triple tesis de C. Bourdet:

a) Oposición a un *Superestado europeo*, que se cerraría —como todos los Estados— sobre sí mismo, aniquilando toda esperanza de ampliación ulterior. Para el autor del volumen comentado, la reunión de un cierto número de grupos nacionales nunca prepara la extensión del proceso. Al contrario: evidentemente, el reagrupamiento crea una unidad más amplia, pero rápidamente tiende a persistir en su ser y a oponerse a otro.

b) Oposición a una *falsa Europa* de nueve naciones, dominada por la que es más potente, económica y militarmente: la Alemania Federal, indisolublemente ligada a la política mundial del Gobierno de los USA y de las empresas transnacionales.

c) Oposición a un *sistema de control supranacional*, que daría a los dirigentes de la República Federal Alemana y de los Estados Unidos los medios de sabotear —por la intriga o por la fuerza— toda evolución política hacia la izquierda en Roma o en París.

Punto destacable en esta dinámica es el significado de Europa dentro de la estrategia trilateral (*vid.* pp. 54 y ss.). A juicio de Bourdet, a la estrategia de Kissinger, de «dominación por subimperialismos interpuestos», ha sucedido una *racionalización y modernización* de dicha estrategia por la Trilateral. Pues bien, en tal estrategia, Europa —consolidada y estructurada lo más rápidamente posible— constituye uno de los dos grandes polos *secundarios* —con el Japón— de gestión de los asuntos mundiales (cons. p. 55).

Y, en tal óptica, es de mencionar asimismo el papel de las multinacionales —con la flexibilidad y potencia que les caracteriza— en la perspectiva del círculo dirigente del trilateralismo: sustituir al pesado papel de ayer de la diplomacia de Estado de Washington.

Con ello, llegamos a la cuestión del supercapitalismo suscitada por C. Bourdet (cf. p. 66). Pues bien, los polos de este supercapitalismo serán los gigan-

RECENSIONES

tes económicos estadounidense y alemán, y, por su intermedio, se materializará, en gran parte, la división del trabajo mundial, tanto en el plano económico como en el político (*vid.* p. 66).

En todo caso, tenemos: a) por un lado, la circunstancia de que el proceso de integración económica europea ha acelerado el desarrollo del capitalismo multinacional (cf. pp. 62-63), a la par que el proceso de integración política —transfiriendo las grandes decisiones a un solo centro nervioso y a la Administración europea— va a acentuar considerablemente el proceso; b) por otro lado, la circunstancia de que el capitalismo multinacional —actuando por todos los medios— produce un doble beneficio: i) económico, en sí mismo, para el capitalismo, a causa del hecho de la centralización; ii) político, por poder eliminar la fuerza de la izquierda en Roma y en París, y todos los contagios que podrían resultar de eso (*vid.* p. 63).

Bourdet habla de coalición anticomunista y proamericana en el espacio europeo (cf. p. 61). Con una particularidad: esta situación ha de acelerarse al aumentar los poderes del Parlamento europeo con relación a los Parlamentos nacionales (cons. p. 61). Y, colocado en este marco, el autor plantea la necesidad de la citada coalición de desembarazarse de la izquierda en Roma y en París (*vid.* p. 62).

Pues bien, formando *pendant* con el tema del supercapitalismo, ha de tenerse presente la atención de Bourdet a la cuestión —descuidada— de la modificación de las relaciones de fuerza entre las clases en el interior de una sociedad nacional en el proceso de integración (*vid.* p. 41), con los *handicaps* (cf. pp. 43-46) del movimiento obrero, que ha permanecido «esencialmente nacional», y de los dirigentes de cada colectivo nacional de trabajadores, que carecen de la experiencia y del equipamiento de los dirigentes capitalistas (con su experiencia de «trabajo internacional»).

En suma, para el autor comentado —desde su visión de partidario de los Estados Unidos socialistas de Europa—, Europa no es —no ha sido, no será— un objetivo valedero más que en la medida en que se trate de construir una *Europa de los trabajadores* (*vid.* pp. 21-22). Tesis máxima del autor.

Dados los conceptos que anteceden, no sorprenderá al lector que la parte segunda del libro reseñado se dedique a una *teoría del no-alineamiento* (páginas 91-151). En esencia, se trata de la defensa de «una Europa independiente de los Estados Unidos y de la Unión Soviética». Construcción útil y necesaria (cf. p. 91), frente a la amenaza de «las dos grandes hegemonías» (*vid.* p. 93).

En resumen, el autor se preocupa de «las condiciones reales de la resistencia a las hegemonías» (cf. p. 91), oponiéndose a «los teóricos de la sumisión a las grandes Potencias» (*vid.* p. 95) y denunciando la imagen *interna* del funcionamiento del «Imperio soviético» (*sic.* p. 97), y la imagen *exterior* del «Imperio americano» (*sic.* p. 98) —la de «los sistemas instalados en las regiones más o menos lejanas del Imperio» (*vid.* pp. 97-98)—.

Y, en primer lugar, vemos que —para Bourdet— es una realidad el crecimiento del movimiento de los no-alineados, probando que puede ser practicado por países relativamente poco importantes (p. 95), y, por ende, no exigiendo necesariamente una gran fuerza económica y militar (cf. p. 95). En esta ruta, el autor destaca la voluntad de defensa armada del pueblo yugoslavo y de su Gobierno (p. 127), el neutralismo de la India, etc., aunque también reconozca la existencia de «extraños *partenaires*» en el no-alineamiento (cf. p. 96).

RECENSIONES

En segundo lugar, tenemos la defensa del «neutralismo» no como *utopía*, sino como *línea diplomática* (vid. p. 93).

Pues bien, C. Bourdet sostiene la posibilidad de una Europa independiente en los años cuarenta, cuando Europa era libre de orientación en un sentido o en otro (vid. p. 92).

Ahora bien, el cambio se producía con el Plan Marshall y el Pacto Atlántico, lo que vinculaba a la mayor parte de la Europa occidental al sistema americano (cons. p. 92).

Y sobre el Pacto del Atlántico se resaltan: a) La presentación del Pacto como «respuesta *indispensable* a la voluntad de hegemonía de la Rusia staliniana» (p. 116). b) La fabricación—como un «reflejo condicionado»—de la idea de que la Alianza atlántica es *indispensable* para la misma vida del ciudadano del Occidente (cf. p. 144). c) El significado de la Bundeswehr como «el pivote de la estrategia de la OTAN», en tanto que el Ejército más fuerte en la Europa actual, aparte del de la URSS (cf. p. 141). d) Advertencia contra el razonamiento simplista sobre el valor militar del Pacto del Atlántico (cons. páginas 138-140).

La conclusión en esta materia es la *americanización* de una parte de Europa, contrapartida a «la *sovietización* de la Europa oriental».

Respecto a las hegemonías, C. Bourdet presenta a los USA como un «Imperio» con sistemas instalados—según hemos ya adelantado—en regiones más o menos lejanas y funcionando como *relais* de la política del centro imperial y como guardias al servicio de las empresas transnacionales (cf. p. 98). El autor distingue entre el pueblo americano y los efectos exteriores de la política de Washington: para el primero, simpatía por su generosidad, incansable actividad, etc.; para los segundos, desconfianza (cf. p. 13).

Sobre la problemática del «Imperio soviético», registremos tres facetas advertidas en el volumen recensionado: a) Las características de la política exterior de la URSS son *la prudencia* y *el cálculo*, y *la seguridad* (no tolerar regímenes antisoviéticos en su «glacis»), en la que el comunismo no es más que un instrumento *ocasional* para «asegurar la seguridad de los territorios desde el punto de vista de Moscú» (cf. pp. 118-119). Valoración de los regímenes socialistas establecidos en la Europa del Este por «el hecho de la penetración del Ejército Rojo» (p. 111) como—en un tiempo, y en la práctica—«protectorados puros y simples, donde el equipo en el Poder se comportaba como *una correa de transmisión* del Estado extranjero» (cf. p. 112). c) Planteamiento de la cuestión de si el socialismo establecido con la ayuda de una intervención extranjera podrá ser duradero (cf. p. 115).

En fin, consignemos un par de notas de los sistemas hegemónicos: a) El papel protagonista de las unidades alemanas en la llamada «estrategia avanzada» en la OTAN. b) El papel de las divisiones soviéticas en el Pacto de Varsovia, al no poder confiar la Unión Soviética—ni moralmente, ni materialmente—en los Ejércitos satélites (cf. p. 134).

Concluyendo en esta materia, subrayemos cómo la actual aproximación USA-URSS conduce al autor al enfoque del peligro de un «nuevo Yalta» (página 147), de un «Yalta tácito» (p. 149), cuya característica es que cada campo acepta que el dispositivo militar del otro campo «sirve esencialmente para mantener el *statu quo* interior». (cf. p. 149).

Ahora bien, detrás del problema de la construcción europea y detrás del problema de la elección entre Alianza atlántica y no-alineamiento, aparece

RECENSIONES

el problema de la defensa. Es el objeto de la tercera parte de la obra reseñada (pp. 155-223).

En esta parte, el autor esgrime su oposición—por distintas razones— a la *force de frappe*, calificada de «pseudofuerza de frappe», de «tarta a la crema» de la defensa francesa, de «factor de pereza cerebral», de «nuevo maginotismo» (vid. p. 205). Ahora bien, él mismo reconoce que el proceso de defensa de la «force de frappe» «ha infectado hasta a la oposición» (cf. p. 198).

Lo que se necesita, a juicio de Bourdet, es una defensa armada *ligada al pueblo*. Aquí, el autor reacciona no contra el principio de la defensa, sino contra la falta de esfuerzo intelectual, de reflexión —a la vez: política, estratégica y técnica— de una legión de expertos militares y civiles dormidos al abrigo del mito nuclear (vid. p. 14).

De lo que se trata es de una *defensa popular en profundidad* (pp. 215 y ss.).

Ella exige, como principio clave, la necesidad de comprender que «debe haber una homogeneidad completa» entre el tipo de sociedad que se trata de defender y el tipo de defensa a escoger para ello (cf. p. 212).

Y, en ese sentido, se expone la necesidad de condiciones *políticas*: cohesión del pueblo (pp. 206-207), con una formación política seria de todos los ciudadanos; espíritu de autogestión; espíritu de iniciativa (pp. 215-217); y de condiciones *estratégicas*, con el principio de la *incertidumbre* con que se va a encontrar el agresor ante las consecuencias de su acto (vid. pp. 209-210).

En resumidas cuentas, para C. Bourdet, en caso de guerra en Europa, los únicos países que seguramente tendrían una defensa nacional eficaz serían aquellos en los que estaba absolutamente claro que el ciudadano se batía para defender su tierra, su familia, su sistema de vida (Suecia, Suiza, Yugoslavia) (vid. p. 143).

Con una afirmación tajante: en las peores circunstancias, la independencia puede defenderse *sin armamento nuclear* (cf. p. 198). Para el autor que reseñamos, en tiempo del equilibrio del terror, cualquier nación no ocupada militarmente, o no sojuzgada psicológica o económicamente, puede permitirse practicar una política exterior independiente, «a condición de quererlo». Es lo que ha reconocido el general De Gaulle (cf. p. 197).

En plan de conclusión de la obra reseñada, cabe enumerar los siguientes elementos cumbre:

a) Oposición a la *integración atlántica*, que suprime la libertad necesaria para llevar a cabo una política independiente (vid. p. 222).

b) Oposición a la *Europa supranacional*, que es «una fabricación intelectual imponiendo una argolla y limitaciones aberrantes a la libertad de movimiento de un vivo conjunto biológico obra de siglos» (cf. p. 222).

Y, en este extremo, C. Bourdet se manifiesta en pro del desarrollo «lento y natural» de una *Europa «biológica»*, que «permitiría pasar sin catástrofe de la libertad del conjunto nacional a la libertad de un conjunto más vasto» (cons. p. 222).

c) Oposición al «truco» atómico, que coloca al conjunto de la estrategia francesa en un *impasse*, impide su adaptación a una situación cambiante incesantemente, impide su modernización real y reemplaza la eficacia práctica por el parloteo de falsos estrategas (cf. pp. 222-223).

RECENSIONES

Resumiendo, el libro comentado quiere ser la obra tanto de un europeo como de un francés, más europeo que muchos «profesionales de Europa» (cf. p. 13). Y, en esta dirección, propugna una Europa occidental que se despegase poco a poco del sistema atlántico, que no se encerrase en un Superestado, que tuviera una estructura confederal, y que, con todo esto, podría atraer paulatinamente a Suecia, a Yugoslavia, a Austria... (cf. p. 88).

En dicho contexto, afloran temores e incertidumbres del autor. Por ejemplo, el temor a la potencia de la República Federal Alemana, cuya fuerza industrial no deja de aumentar, tanto en valor absoluto como en valor relativo con relación al resto de Europa (cf. p. 163). Señalándose a este respecto que el temor a Alemania entre los pueblos de la Europa del Este y la URSS es el vínculo común que puede unirles (*vid.* p. 140).

Parejamente, otro temor de Bourdet es el peligro de que el proceso de integración lleve en la Europa del fin de siglo al llamado proceso de «desertificación» (*sic.* p. 34).

Y, asimismo, el temor a la integración europea con armamento nuclear, con el peligro del desarrollo de un armamento nuclear «alemán» bajo etiqueta «europea» (cf. p. 163).

Ahora bien, también se encuentran otras estimaciones, como el chantaje continuo realizado por el Gobierno francés para hacer prevalecer en la CEE una protección excepcional para la agricultura francesa (*vid.* p. 68), o como los apetitos de los fabricantes de armamento (cons. p. 169).

Pues bien, una evidencia—indubitada e indubitable—de la hora presente es la situación crítica de la integración europea—R. Aron, G. Comte, P. Drouin, L. Tindemans, etc.—Y, en esa perspectiva, han de insertarse las tesis del libro recensionado, discutibles y discutidas, pero asimismo compartidas—en un plano, F. Mitterrand, J. J. Servan-Schreiber; en otro plano, Alain Joxe, Jean-Marie Muller—.

Y el caso es que continúa el debate sobre los «mitos» denunciados por C. Bourdet, y las concomitantes cuestiones suscitadas por su planteamiento. Para comprobar ello, baste seguir—por supuesto, con seriedad—la marcha de la escena política de Francia, su producción bibliográfica reciente o, más concretamente aún, sus publicaciones periódicas.

LEANDRO RUBIO GARCIA

FÉLIX GREENE: *El enemigo (lo que todo latinoamericano debe saber sobre el imperialismo)*, Siglo Veintiuno, S. A., Madrid, 1977, 451 pp.

El tema de este libro, como su propio título expresa, es el imperialismo: qué es, cómo funciona y cómo llegará el momento en que nos destruya a todos si sigue su marcha. Este libro versa también, subraya el autor, sobre la conciencia revolucionaria que está surgiendo en el mundo entero, que repudia los supuestos fundamentales del imperialismo y le disputa directamente su poder. Esta lucha mundial entre el imperialismo y sus numerosas formas y quiénes están decididos a derrocarlo es el problema más grande de nuestro tiempo; toda lucha menor está vinculada a él. La batalla ya se ha iniciado, su intensidad irá aumentando, y queramos o no, o incluso, sepámoslo o no, todos participamos en ella.

RECENSIONES

Aunque los Estados Unidos no sean, de ninguna manera, el único país imperialista, buena parte de la presente obra se ocupa de él, pues los Estados Unidos son hoy el pilar fundamental y la fuerza sustentadora del imperialismo en todas partes. Sin este país el imperialismo no podría sobrevivir largo tiempo como sistema. Pero los propios Estados Unidos avanzan hacia la crisis. Cada vez más, los norteamericanos se sienten atrapados en un sistema que, como saben intuitivamente, está llevando a su país al desastre, tanto en el interior como en el exterior.

A juicio de Félix Greene el imperialismo significa mucho más que la mera explotación de los países pobres por parte de los ricos. Encierra todo un sistema social apoyado en la explotación y en la violencia, toda una manera de pensar acerca del prójimo. Los guetos estadounidenses, las injusticias raciales, las flagrantes desigualdades que existen en todo país occidental, la deshumanización de nuestra sociedad industrial, son productos tan legítimos del imperialismo como lo es el *apartheid* en Sudáfrica o la infame matanza de aldeanos en Vietnam.

Este libro, pues, versa sobre el imperialismo contemporáneo, y el imperialismo contemporáneo, nos asegura el autor, tiene carácter global. Es, consecuentemente, cada vez menos exacto el hablar de «imperialismo norteamericano», «imperialismo inglés», «imperialismo japonés», y así sucesivamente, como si fuesen entidades separadas. Aunque existen profundas rivalidades entre ellos, estos imperialismos nacionales representan, no obstante, estructuras recíprocamente conectadas y mutuamente sustentadas, ligadas por una común aceptación de la ideología capitalista.

El fomento del imperialismo por parte de los Estados Unidos de Norteamérica no ha supuesto, en definitiva, grandes ventajas respecto de la elevación del nivel de vida interior. En efecto, nos dice Félix Greene, un fenómeno realmente notable es que, a medida que una sociedad capitalista se desarrolla hasta sus límites, se vuelve cada vez menos capaz de satisfacer las necesidades sociales más rudimentarias de la gente, y esto es evidente sobre todo para cualquiera que visita las ciudades de los Estados Unidos, incluso si viene de países capitalistas menos avanzados de Europa. A pesar de las enormes cantidades de dinero que les han sido asignados, los servicios públicos, por ejemplo, se deterioran a la vista de todos. El *New York Times* se quejó de que, en promedio, una carta tarda hoy más tiempo en ir de Nueva York a Washington, que hace un centenar de años. Basta con caminar por las partes más pobres de cualquier ciudad norteamericana para advertir la insuficiencia de la recogida de basuras y que algunas de las calles al parecer nunca han sido barridas. Hay ciudades en los Estados Unidos en las que no existe hoy ninguna clase de transporte público —ni autobuses, ni tranvías, nada—, obligando a quienes no pueden tener automóviles (y todavía hay muchos), a los niños y a los ancianos a arreglarselas como puedan.

Un rasgo extraordinario de la economía política de los Estados Unidos (y, en menor escala, de los demás países capitalistas) es hasta qué punto se ha convertido en una economía psicológica. El capitalismo ha ideado toda una variedad de técnicas que estimulan las ventas al exterior, a menudo con gran daño para otros pueblos. Pero hay otra compulsión interna que de manera más inmediata y personal tuerce las vidas de las personas. A saber, las presiones que se ejercen sobre ellas para que *compre*n. No importa realmente qué es lo que *compre*n, mientras sigan comprando, aun si compran

artículos que no necesitan, con dinero que no tienen. Hoy en día, las deudas privadas en los Estados Unidos han llegado al punto en que, en promedio, cada familia ha hipotecado más de quince meses de sus ganancias futuras por bienes que ya ha comprado.

Opina el autor, tesis realmente polémica, que para todo el que visite hoy los Estados Unidos será evidente que los norteamericanos son un pueblo desdichado. Descubrirá—puntualiza—una energía frenética, un desasosegado deseo de divertirse y distraerse, una espontánea generosidad con los extraños, una conmovedora disposición a reconocer que todo anda terriblemente mal, pero que las cosas habrán de arreglarse, de una manera u otra, todo lo cual oculta gran parte de sus dudas más profundas acerca del futuro de su país.

El principal problema de los Estados Unidos radica, según el pensamiento de Félix Greene, en el hecho de que, efectivamente, a los norteamericanos se les ha hecho sentir que hasta la supervivencia de la civilización depende de ellos. «La causa de toda la humanidad—dijo el presidente Kennedy— es la causa de los Estados Unidos..., tenemos la obligación de mantener la libertad en el mundo entero.» Este sentimiento de rectitud moral, esta identificación de los propios intereses con los del mundo se explica y justifica con toda suerte de palabreras místicas acerca del «destino» de la nación, de que estaba escrito que los Estados Unidos se convirtieran en el país más rico y fuerte del mundo; y de que los norteamericanos se merecen este papel por sus cualidades verdaderamente excepcionales. Y, en virtud de un proceso que los psicólogos conocen muy bien, sus propias hostilidades y deseos agresivos no reconocidos se proyectan en otros. ¿Que *nosotros* somos agresivos? ¿Que *nosotros* somos crueles? ¿Que *nosotros* somos explotadores? El sólo pensarlo era ridículo, por lo menos hasta Vietnam.

Analizando el tema de la expansión económica estadounidense por el mundo y, muy en concreto, por los países del viejo continente europeo considera Félix Greene que, efectivamente, si prosigue la invasión norteamericana por Europa, todo el sistema económico de este continente será controlado por los Estados Unidos. Para decirlo con palabras del señor Harold Wilson, existe el peligro de una «esclavitud industrial, en virtud de la cual los europeos podremos producir únicamente el aparato convencional de una economía moderna, mientras nos iremos haciendo cada vez más dependientes de los empresarios norteamericanos para que nos proporcionen los complejísimos aparatos que dictarán la pauta industrial en las décadas de 1970 y de 1980». *El control económico implica el control político.*

Una de las posibilidades es la de aceptar la satelización. La otra consiste en que Europa imponga restricciones a las inversiones norteamericanas; pero el efecto de esto podría ser, únicamente, frenar su propio desarrollo y volverse menos capaz aún de competir con los Estados Unidos en otras partes del mundo. El impedir las inversiones norteamericanas en Europa occidental tendría una segunda consecuencia: daría lugar a un creciente flujo de productos norteamericanos en Europa. Una compañía norteamericana que fabricase, por ejemplo, grabadoras de cinta, al descubrir que no se le permite establecer su propia fábrica en Europa, enviaría sus grabadoras fabricadas en los Estados Unidos a Europa. Las barreras levantadas contra el capital norteamericano tendrían que ir seguidas de barreras contra las mercancías de los Estados Unidos. El capital, imposibilitado de entrar en Europa, encontraría otras zonas del mundo dispuestas a aceptar las inversiones norteameri-

RECENSIONES

canas, y Europa tendría que competir con las mercancías norteamericanas fuera de Europa...

No existe, concluye Félix Greene, una respuesta *económica* inmediata al problema de la invasión norteamericana de Europa mientras los Estados Unidos conserven a su quinta columna, los capitalistas, que están sobradamente dispuestos a venderse por un poquito de dinero contante y sonante; pero, tarde o temprano, se intentará darle una solución política.

Para el autor de las páginas que comentamos, los Estados Unidos son ejemplo de una sociedad que mantiene escrupulosamente las formas exteriores, mientras las personas desconfían cada vez más las unas de las otras y se miran con odio. La democracia implica, sobre todo, confianza en el pueblo. Una verdadera sociedad democrática es aquella en que las personas tienen el sentimiento de pertenecer a una comunidad, de que están estrechamente relacionadas entre sí, y en la cual una simpatía y una confianza mutua ligan a las personas como otros tantos hilos invisibles de manera que la gente se siente solidaria y no se ve en la necesidad de mantener la vigilancia sobre los demás, ni de mostrarse competitiva o dura. En los Estados Unidos, como en ningún otro país, estos lazos de simpatía, que llegan a ser casi físicos, se han deshecho y con ellos se ha deshecho también el verdadero espíritu de la democracia. La democracia y la explotación se excluyen recíprocamente; la una destruye a la otra y no pueden existir juntas.

En conclusión, tesis final a la que llega el autor en este grave libro, la falsa democracia del imperialismo no comprende de ninguna manera esta cualidad *universal* de la verdadera democracia. Al imperialismo no le interesan más que los «derechos» y los intereses monetarios. El sentimiento de pertenecer a una misma humanidad abraza únicamente a aquellos que, por el momento, da la casualidad de que están de nuestro lado. Los demás son «enemigos» y nos podemos deshacer de ellos. Si los periódicos de mañana trajesen la noticia de que cinco millones de chinos se encontraban muriéndose de hambre, la mayoría de los norteamericanos, probablemente, sentirían una gran satisfacción, tan degradado ha quedado su concepto de democracia a consecuencia de las condiciones impuestas por el imperialismo.

«Podemos comprender ahora por qué a tantos pueblos del mundo no les impresiona en lo más mínimo oír hablar de nuestra maravillosa «democracia» —subraya Félix Greene—.» Les hablamos —prosigue el autor— interminablemente acerca de los valores occidentales, de la cultural occidental, acerca de cómo todos los hombres han sido creados iguales y del estupendo adelanto humano que representa la democracia occidental. Se han cometido tales horrores en nombre de la democracia que ahora deberíamos comprender por qué, cada vez que hablamos con un «nativo» acerca de la democracia, lo primero que hace es coger un cuchillo...

La *gran mentira* de nuestro tiempo, a juicio de Félix Greene, es la de que cada hombre (y cada nación) debe esforzarse para sí mismo y que sólo a través de las riquezas, las propiedades y el poder pueden encontrar la felicidad los seres humanos. Todos los imperialismos aceptan esta mentira, pero el gran proferidor de la misma son los Estados Unidos.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

RECENSIONES

HERIBERTO GARCÍA DÍAZ e IÑAQUI IPARRAIZE: *Informe sobre el social-imperialismo soviético*, Emiliano Escolar, Editor. Madrid, 1977, 187 pp.

Después del título, en la segunda portada del Informe aparece, entre paréntesis, el siguiente subtítulo: Un análisis marxista en defensa de la paz. Y, en efecto, el Informe es un análisis marxista (de uno de tantos marxismos, en este caso el maoísta o prochino) hecho con apasionado rigor, con lenguaje claro (su objetivo, como el de todo este tipo de literatura política, es impresionar a las masas) y con abundancia de ejemplos, testimonios y datos concretos. Hay que advertir, sin embargo, que más que una defensa de la paz lo que los autores propugnan es la lucha contra un determinado tipo de guerra, aunque de ello resulte en realidad un apoyo a esa guerra de otro tipo que es la revolución proletaria a nivel mundial. Según los autores, que se apoyan con frecuencia en Lenin y en su obra *El imperialismo, base superior del capitalismo*, el imperialismo, calificado de «capitalismo agonizante», crea a nivel mundial «una situación de crisis y caos permanente. De este modo desarrolla extraordinariamente la lucha de clases y crea las condiciones óptimas para el desarrollo de la revolución proletaria».

Pero a esto se opone, según los autores, el social-imperialismo soviético, que no es más que un revisionismo continuador y actualizador de las tesis socialdemocráticas de la Segunda Internacional. Y en ese revisionismo, siempre según los autores, desempeña el papel director la Unión Soviética, que no es más que un Estado capitalista en poder, a partir del XX y del XXII Congresos del PCUS, de una «burguesía burocrática» que «desaloja del poder a la clase obrera, elimina en la teoría y en la práctica la dictadura del proletariado e impone su propia dictadura fascista».

Esta última frase da el tono al radical alegato antisoviético del libro que reseñamos. La Unión Soviética es «el Estado» por antonomasia; es el peor enemigo de la paz, peor desde luego que su homólogo del «primer» mundo (los Estados Unidos de América), con el que trata de repartirse los mundos «segundo» (constituido principalmente por Europa y Japón) y «tercero» (países subdesarrollados capitaneados por China. (Son los «tres mundos» según la terminología maoísta.)

La URSS aparece retratada de modo despiadado. Hay que ir a buscar las obras de los disidentes soviéticos, tipo Solsyénitzine, o las del más primario anticomunismo de los reaccionarios de Occidente para encontrar ataques semejantes contra la URSS, que —señalan García Díaz e Iparraize— tiene «un millón de presos políticos»; que está en manos del PECUS, que «se ha hecho un partido más y más refinadamente revisionista»; donde se ha reforzado «la dictadura fascista sobre el pueblo soviético»; donde «el militarismo y la política imperialista» han sido desarrollados hasta niveles monstruosos. Y todo esto sucede —repetimos que según los autores— en la denominada «era Brezhnev», en la que la URSS «es una potencia militar y armada hasta los dientes que prepara como tarea del momento una nueva guerra mundial». Porque se ha pasado de la colaboración URSS-USA de los tiempos de la coexistencia a estos otros en que Brezhnev, «arrastrado por la lógica implacable del desarrollo del capital monopolista burocrático soviético, exige que sea la URSS quien se alce en exclusiva con la hegemonía».

RECENSIONES

Es por lo menos curiosa la interpretación que el análisis marxista de los autores da a algunos de los episodios de la política actual. Por ejemplo, el pleito entre los eurocomunistas—u «oportunistas de derecha»— y la Unión Soviética no consiste en que ésta haga contra aquéllos una defensa de las ideas marxistas, sino en «otra cosa tenebrosa y militarista».

La página 42 del Informe no tiene desperdicio y puede parangonarse con la ambientación general que en el estudio del enemigo se hace en las Escuelas de Guerra de Occidente. Dice así: «El examen de los hechos demuestra que el objetivo perseguido es preparar a los diversos partidos comunistas y revisionistas para que se lancen a la conquista violenta del poder en beneficio del social-imperialismo, o que al menos creen una situación de guerra civil que permita la intervención militar de la URSS, tal y como ha sucedido en Angola.

No es sorprendente por ello que el 25 de noviembre de 1975 el Partido Comunista Portugués, fiel servidor del social-imperialismo, se lanzara a una enloquecida rebelión armada, que si bien fracasó en pocas horas, sirvió para demostrar que la URSS está dispuesta a hacerse con el control de Europa por los medios que sean».

En este contexto es donde puede entenderse la reciente polémica de la URSS con lo que ha venido llamándose el «eurocomunismo». Del examen cuidadoso se extrae la siguiente conclusión (en bastardilla en el original):

Tales partidos comunistas ocultan cuidadosamente lo esencial del social-imperialismo soviético desviando la atención de las masas hacia ciertos problemas secundarios y de sobra conocidos por todos.

A la vez siguen defendiendo la política imperialista de la URSS y especialmente presentando a ésta como máximo baluarte de la paz mundial...

Por todo ello juegan, al menos objetivamente, un papel de agentes del social-imperialismo soviético en Europa y favorecen, al menos objetivamente, la política de conquista, militarismo y guerra de la URSS.

Por todo ello creemos que las diferencias entre la URSS y el «eurocomunismo» no se dan en problemas esenciales, sino en la táctica a seguir actualmente. La URSS les presiona hacia una línea de mayor violencia, y ciertos partidos comunistas consideran que por ahora es más conveniente una táctica blanda.

Como se ve, Kissinger o el Pentágono suscribirían todo este dictamen sobre la política de la URSS.

El Informe continúa rebatiendo, como un enmascaramiento imperialista, la teoría soviética de la «soberanía limitada» (es decir, el supuesto derecho que tiene la URSS de anular la soberanía nacional de cualquier país si ello beneficia a sus intereses de gran potencia) y hablando de la deslealtad de la cooperación y ayuda soviética, de las leoninas condiciones de venta de armas al tercer mundo; de taimada política en la cuestión del petróleo, en el Indico, en el Golfo Pérsico; en África; en Iberoamérica. Referente a esta última zona, el Informe contradice al libro del comunista soviético Tarasof, *América Latina*, que preconiza «el establecimiento de amplias libertades de-

RECENSIONES

mocráticas», y que dice «sin rubor» que eso es una enseñanza marxista-leninista. El Informe objeta: No. Aquí se eluden—dice—dos problemas claves en la lucha de la clase obrera y las masas populares en Latinoamérica: la dictadura democrática popular y la guerra revolucionaria. Y lo remacha con otra invocación a Lenin (porque el Informe acude con frecuencia al «magister dixit» de los clásicos del comunismo: Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, Enver Hodia), que dijo:

«Quien reconoce solamente la lucha de clases no es aún marxista... Marxista sólo es el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado.»

* * *

El móvil del Informe es demostrar que la URSS, que ya ejerce su tiranía política y económica sobre los países del COMECON, quiere controlar la Europa Occidental. De ahí que el Informe, que está destinado al consumo interior de España y de los países de habla hispana, se encuentre molesto por los comentarios políticos prosoviéticos y antiyanquis de algunos medios de comunicación españoles. Polemiza con Haro Tecglen, de la revista *Triunfo*, que califica a Brezhnev de pacificador. Haro, según el Informe, está impresionado por «la demagogia pacifista de la URSS», que tiene por objeto adormecer a los pueblos para que rebajen su vigilancia y para que entonces «el imperialismo pueda cumplir sus trágicos propósitos». Los autores del Informe «esperan que Haro Tecglen entienda esto».

* * *

La política interior rusa, soporte de la exterior, es detallada con verdadera acrimonia: persecución de las nacionalidades, miseria y explotación de las masas trabajadoras, disminución del nivel de vida, restauración de la propiedad privada, monopolio, estancamiento de las fuentes productivas y (lógicamente señalándolo como factor negativo) «desarrollo más y más de la religión». Millones de rublos—dice el Informe—del Estado se invierten cada año en ayuda de las diferentes confesiones religiosas. Se han abierto seminarios, iglesias, editoriales religiosas y centros de formación.

«Hoy en la URSS el 20 por 100 de la población total se considera creyente. En las zonas rurales el número de bautizos en los últimos años llega al 100 por 100. No sólo los viejos han vuelto a la religión, sino muchos jóvenes e intelectuales. En las ceremonias religiosas se ve habitualmente a miembros importantes del Partido, del Estado, del Ejército y de la Juventud Comunista...»

El Patriarca de Moscú y de toda Rusia elogió la política de los revisionistas soviéticos con la religión prestándoles todo su apoyo... (y el Informe continúa entrecomillando que el apoyo lo prestaba el Patriarca por «haber realizado—los revisionistas soviéticos—la voluntad de Dios»).

En resumen, Brezhnev y su equipo, para García Díaz e Iparraize, son ideológicamente discípulos de los revisionistas marxistas de la Segunda Internacional, y son comparables al Zar, a Guillermo II y a Hitler. Aspiran

RECENSIONES

a hacer de la URSS el Estado hegemónico mundial, y ello a través de una guerra contra los Estados Unidos, guerra que antes resolverá—por otros medios insidiosos o sangrientos—la dominación del Tercer Mundo. Tal es la tesis de la China de Mao. Y actualmente con mayor razón—aunque por otras «razones»—, de la China de Teng.

Cuando sigan produciéndose consecuencias del fenómeno conocido por lucha contra la «banda de los cuatro», en la China Roja, veremos tal vez que la tesis del Informe, en su vertiente geopolítica y geoestratégica: «la URSS es el principal enemigo, y contra él hay que coordinar la acción, aunque sea con enemigos seculares, como Estados Unidos y Japón», es completamente válida. El tratado de paz chino-japonés y el establecimiento de relaciones diplomáticas entre la China y los Estados Unidos constituyen una demostración clara.

Pero la historia va más de prisa que la letra impresa, y si miramos hacia el interior de la galaxia marxista, ¿cómo encaja el Informe dentro de la desmaoización actual? ¿No tendrán que escribir en su día sus autores, quién sabe con qué apoyo, un Informe sobre el social-imperialismo chino?

EDUARDO BLANCO RODRIGUEZ

